

En la liturgia de hoy, los testamentos se encuentran. Ambas lecturas afirman que amar a Dios y amarnos los unos a otros son retos esenciales que identifican a los creyentes y revalida su fe. Sin embargo, amor no es simplemente sobre sentimientos. Por el contrario, amor es una decisión deliberada para servir a otros, independientemente de nuestras emociones. Esto es especialmente verdadero cuando se trata de amar a nuestros enemigos, reales o percibidos (Mateo 5:43-48). En el Evangelio de hoy, Jesús está de acuerdo en que el reto expuesto por el autor del Deuteronomio es de hecho la primera obligación del creyente: amar a Dios con todo nuestro ser, nuestro corazón, nuestra alma, nuestra mente y nuestra fortaleza. Jesús, quien vino para cumplir la ley, iguala el amor de Dios con el amor al prójimo. Aunque las leyes están enumeradas como "primera" y "segunda", son en verdad sólo una. Amor a Dios y amor al prójimo no se pueden separar; más bien, son mutuamente complementarias e interdependientes.

Pero, ¿a qué se parece tal amor? Sin duda, se puede ver en los actos de bondad, de un abnegado servicio que, esperamos, son parte de nuestras vida diaria, por ejemplo todos los esfuerzos desplegados para ayudar a las personas de la costa del Este de USA después de la tormenta masiva de la semana pasada. Pero para que estas expresiones de amor suenen sinceras, hay un aspecto adicional que debemos de considerar cuando tiene que ver con amor a Dios y al prójimo. Y es así de como debemos hablarnos los unos a los otros, y sobre los demás.

Desde hace algún tiempo que he reflejado seriamente en la relación entre las palabras y los hechos. Mientras puedo participar, y espero hacer así, en acciones de bondad, compasión y justicia, ¿son estas mismas cualidades mostrado en el método y palabras que hablo? Al escuchar y leer lo tanto que pasa como las conversaciones acerca de los temas más importantes del día de hoy, y de las personas y personalidades vinculadas a estos, creo muy a menudo que en vez de discutirlos seriamente y debatirlos con cortesía, nosotros como una cultura, por los medios de comunicación, eligen de usar palabras que vilipendian, que degradan, y en muchas maneras asesinan el carácter y la persona de otro ser humano. Lamentablemente esta falta de respeto por la vida y por la persona de otro ha infiltrado en nuestra Comunidad Católica. Hoy en día, no es raro escuchar a específicos obispos o sacerdotes siendo juzgados y aun condenados como "ortodoxos" o "no ortodoxos", fieles o no-fieles Católicos, por aplicaciones de criterios estrechos y subjetivos, de ciertos medios de comunicación de propiedad privada que son dirigidos por individuos Católicos, o grupos de diferentes espectro teológicos. No es raro

de oír reclamos de que tales individuos o grupos deben ser "excomulgados" porque no son "católicos verdaderos."

Esto no quiere decir que la Iglesia debe aceptar un modelo secular de tolerancia, que abarcaría todos los valores y estilos de vida, como moralmente neutral. No, las Escrituras y Jesús proponen y nos llaman a tener valores y estilo de vida, que a menudo nos ponen en desacuerdo con el mundo, valores y estilos de vida que nosotros nos esforzamos de vivir en su plenitud.

Si proclamamos a Jesús como el modelo de la vida humana y reclamamos para nosotros el nombre "cristianos", como sus seguidores ¿qué testimonio hacen nuestras palabras que usamos, para hablar de los problemas del mundo entero, en la Iglesia, y entre nosotros, sí lo divulgamos a aquellos de los que están fuera de la fe?

El este Verano pasado, San Pablo en la carta a los Efesios nos recuerda: "No entristezcan al Espíritu Santo de Dios; éste es el sello con el que ustedes fueron marcados y por el que serán reconocidos en el día de la salvación. Arranquen de raíz de entre ustedes disgustos, arrebatos, enojos, gritos, ofensas, y toda clase de maldad. Más bien sean buenos y comprensivos unos a los otros, perdonándose mutuamente como Dios los perdonó en Cristo" (Efesios 4:30-32). Y también, San Pablo en su carta a los Gálatas dice sin rodeos: ". . . si se muerden y se devoran unos a los otros, ¡cuidado!, que llegarán a perderse todos" (Gálatas 5:15).

El beato Papa Juan XXIII, en su discurso de apertura del Segundo Concilio del Vaticano, hace cincuenta años atrás, dirigiéndose a los obispos reunidos mientras abría el Consejo, habló sobre la misión de la Iglesia de proclamar la verdad del Evangelio en nuestro mundo contemporáneo. En la realización de esta misión divina, el Santo Padre afirmó que en lugar de lanzar palabras de sentencia y condena, la Iglesia (y por extensión, sus miembros) "prefiere de hacer uso de la medicina de misericordia."

La súplica del beato Juan XXIII es el mismo reto que se presenta en las Lecturas de hoy que se resume con las palabras de la primera carta de Juan: "Si uno dice: 'Yo amo a Dios', y odia a su hermano, es un mentiroso. Si no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Pues éste es el mandamiento que recibimos de él: el que ama a Dios, ame también a su hermano"(I Juan.4: 20,21).

Padre Jim Secora